



Teresa Uriarte, en la redacción de EL CORREO, donde durante años cubrió la información sobre tribunales.
E. C.

La novela reparte humor sin cicatería entre testigos, jueces, funcionarias, abogados...

de los autores que mudan de piel prestándose a sus criaturas. Eso explica tantas dualidades en la novela: gemelas y mellizos, cadáveres que no se sabe si están más cerca de la margen izquierda o de la derecha, alcaldes de dos orillas, hermanas que heredan el mismo panteón y no se hablan. La vida mancha: protagonistas y secundarios arrastran esa huella por las páginas.

Recuerdo a Teresa Uriarte paseando sus primeros relatos del juez Aurelio desde 1998, cuando asistíamos a un taller literario privado en un piso vacío del edificio donde ella vivía. Estaba inscrita en otro taller por correspondencia que impartían en Madrid. A lo largo de más de veinte años, Teresa siempre estuvo apuntada a talleres de escritura 'online' y presenciales. Siempre. Su humildad como escritora era increíble y asombrosa. Sólo comparable a su vocación y constancia en pulir sus textos. No es casualidad que un capítulo de esta novela se titule 'Pasión literaria' y muchos personajes lean. Teresa era una lectora voraz. «Gracias, María (5 de marzo de 2013). Conoces la ilusión que hace cualquier halago y lo más fácil es creérselo, aunque luego abres a cualquiera de 'los nuestros' y ya no te crees nada, ni debes creértelo».

Una versión de 'El juez Aurelio' llegó a dos importantes editoriales de Barcelona con el permiso de Teresa. Rechazaron su publicación, primaban criterios extraliterarios: publicar a gente más joven. Y descartaban colecciones de relatos, cuando 'El juez Aurelio' aún lo era. En las notas de rechazo, asépticas, no daban esas razones, por supuesto.

«Querida María (23 de abril de 2012). A mí me gustaría autoeditarme algo: el juez, los diarios de mis nietos o lo que sea, pero solo para dedicártelo. Siempre te agradeceré los ánimos que me has dado para escribir. Sólo tu y mi hija María... Pero, de verdad, no tengo otro afán en esto de la escritura que dedicarte algo».

Por fin este magnífico libro está en las librerías. Es de justicia, en este caso poética. Dejen que el juez Aurelio los acompañe desde su atribulada soledad. Lean esta joya.

El epígrafe con el que se abre esta novela es una conocida frase de Walt Whitman: «Esto no es un libro. Quien lo toca está tocando un hombre». Pero quien se acerca a esta delicada joya literaria titulada 'El juez Aurelio' lo que está tocando es una mujer: la escritora, abogada y periodista Teresa Uriarte. Teresa vivió muchos años en Bilbao como su personaje y 'alter ego', un juez destinado en la Audiencia de la capital vizcaína en los años ochenta del siglo pasado.

«Querida María», escribió en un correo electrónico el 14 de febrero de 2012. «Gracias por escribirme. Y más aún por haber vuelto a recordar al pobre juez Aurelio, que es mi 'alter ego', igual de inútil que yo...». Apodado 'La sombra', lleva una existencia caótica y solitaria en una buhardilla del centro de Bilbao, pero busca la perfección en el ámbito profesional. Le obsesiona el error judicial; por eso analiza y estudia con absoluta dedicación cada caso que cae en sus manos.

Hacia dentro, vive por y para la justicia. Pero desde fuera vemos a un hombre solo que se acerca a los sesenta y nunca ha superado la pérdida de sus padres en el incendio de la pastelería donde se crió, en Ávila. Bebe demasiado; aún siente que sus padres lo dejaron «desvalido e incapaz para la vida». Añora a una madre que lo presentaba como «un híbrido de tonto y listo. Va para juez». Y no sabe cómo acercarse a una oficiala del juzgado que le gusta.

'El juez Aurelio' pone ante el tribunal lector vidas de jueces, fiscales y abogados como si para representar el entramado judi-

Teresa Uriarte y el juez Aurelio

En el Bilbao de los 80. En este libro la periodista volcó su conocimiento de los tribunales y su pasión por la literatura

MARÍA BENGOA



cial completo bastaran ciento cincuenta páginas. Además de retratar a la Justicia, comparecen en ellas descarriados, ladrones de poca monta, alcaldes de las dos márgenes de la ría, vagabundos que han plantado su campamento en un solar de la milla de oro trabado por una herencia... Y hasta muertos que no son de nadie.

La muerte es uno de los temas que atraviesa esta novela. El otro es la soledad. El juez Aurelio evita mezclarse con la vida tras haber visto tanto sufrimiento en los juzgados. Pero, lejos de ser una novela triste, reparte humor sin cicatería ni distinción entre testigos, funcionarias, procesados, abogados, magistradas... Un humor finísimo, filtrado por la mirada del juez, a quien imaginamos tomando nota de absurdas y divertidas declaraciones de las que



EL JUEZ AURELIO
TERESA URIARTE

Editorial Tránsito, 148 páginas,
16,90 euros.

es testigo de excepción. Los personajes a los que escucha compiten por decir la mayor barbaridad en un ámbito donde se ventilan penas de cárcel. Y de las otras. «-Juez: Lea usted, por favor, antes de firmar. -Detenido:

No me gusta leer». Recopilados al final de la novela, los 'Apuntes del juez' son un tesoro. Nacen de los apuntes de Teresa Uriarte cuando cubrió información de tribunales para 'Deia' y EL CORREO durante años. Suya es la mirada crítica, compasiva e inteligente como un estilete. A esa etapa pertenece 'Crónica de Tribunales', donde retrata la redacción de un periódico. Los escritores -ya se sabe- toman lo que necesitan de la realidad.

Dualidades

Todos los personajes a los que da vida Teresa y sus errores -pequeños o grandes- encuentran una grieta por la que se cuele la luz. Alguien los mira desde la distancia y esa mirada consigue que empaticemos con cada uno. Parece magia, es buena literatura: a todos los salva. Es el privilegio